

18 de noviembre de 2020.

El castillo de Jadraque y Murphy. Algunas veces las cosas “buenas” suceden por que sí, igual que las “malas” pero en estas últimas nos fijamos más cuando hablamos de Murphy y su ley.

El caso de hoy es hablar sobre una fotografía muy llamativa o muy especial que ni se me había pasado por la cabeza que podía conseguir y eso que el lugar donde la hice me lo conozco desde hace una década o más.

Resultó que la idea era ir a Matillas con Josemi y su dron y hacer un reportaje sobre el pueblo viejo, el primer Matillas, luego con la instalación de la fábrica de cementos este asentamiento se abandonó y sus pocos habitantes se “acercaron” a la fábrica construyendo las viviendas junto a ella. Una vez acabado con la historia de Matillas íbamos a Pinilla de Jadraque a ver un convento derruido que se encuentra en el cauce del río Cañamares.

Josemi y yo salimos inmediatamente después de comer, a las 15:00 estábamos llenando el maletero de cámaras y trípodes junto con algo de merienda.

Sobre las 16:20 llegábamos al lugar, sin equivocarnos pues ya lo conocíamos de haber estado allí en el mes de febrero que es cuando descubrimos el poblado.

Josemi comenzó a preparar su dron y yo fui caminando hasta lo que en su día fue la plaza del pueblo. La primera toma del dron no se grabó por olvido de Josemi, una pena porque el aparato pasó sobre mi cabeza a corta altura en dirección al poblado mientras preparaba el equipo, hubiera quedado una imagen agradable de ver, muy visual.

En poco más de media hora ya habíamos tomado casi todas las fotos y el dron ya había agotado la primera batería. Serían sobre las 17:00 y el sol se ponía 50 minutos después así que salimos zumbando para Pinilla. Primer error es que fuimos por la carretera más larga y en peor estado de las dos que hay, la que comunica Jadraque y La Toba, firme en mal estado lleno de parches, por cada metro cuadrado al menos hay un remiendo.

Finalmente llegamos a Pinilla, preguntamos al único paisano que encontramos en la calle aunque por el sentido de la orientación no había pérdida, era todo recto siguiendo el cauce del río Cañamares. El señor, de edad sobre los sesenta años nos indicó que ese era el camino, 1km o km y medio y llegaríamos.

El camino muy bueno no estaba pero para un auto como el de Josemi medio todo terreno no era problema. Un par de puntos con charco importante que invadía el camino de lado a lado y alguna que otra cuesta dura y después de un buen rato llegamos al río pero sin haber encontrado rastro del convento, en ese momento el sol ya solo iluminaba el punto más alto de la montaña opuesta del sol, el lado izquierdo del cauce.

Paramos allí principalmente por dos motivos, uno porque había un gran cenagal y otro porque allí mismo estaba el cauce del río y para continuar no había otra vía que cruzarlo a lo que ni Josemi ni yo estábamos dispuestos pues en menos de media hora sería totalmente de noche.

Josemi y yo hicimos una ruta por la vereda, él en dirección al caudal del agua y yo en contra. Al rato volví en busca del auto pues la ribera del río más tupida no podía estar además de árboles viejos caídos y cruzados con altas hierbas bien conservadas por la humedad del lugar ajenas a la sequía del estío. Diez minutos después ya estábamos reunidos los dos en el automóvil, allí ni cobertura en el móvil ni leches, además mi teléfono ni funcionaba pues en el momento de partir de casa llegó la nueva tarjeta SIM por lo que la que tenía instalada dejó de funcionar, pensé que el cambio se haría durante las horas de sueño.

Ya con las luces puestas marchamos hacia el pueblo, los corzos habían abandonado ya la espesura protectora de la ribera del río y del chaparral del monte y se dejaban ver por las orillas de los sembrados.

El destino ahora era Jadraque, no sabíamos qué fotografiaríamos pero yo tenía en mente la estación de Ferrocarril, posiblemente por la noche tuviera algo interesante que mostrar.

Volvimos hacia Jadraque por la carretera que antes debíamos haber tomado, una linda carretera estrecha que está coronada toda ella de robles y carrascas, en este momento con la hoja anaranjada/marrón a punto de caer, un bonito camino para pasear si no circularan automóviles por esa carretera, algún que otro vecino octogenario encontramos en los arcenes cerca del pueblo, la luz ambiente ya era pobre cercana a no servir para ver a cualquier paseante y evitar arrollarle.

Al llegar a Jadraque le pedí a Josemi que tomara el camino de Matillas nuevamente, en vez de ir directos a la estación FC, me pareció ver en la lejanía la silueta del castillo que podía prometer una foto interesante, el problema era aparcar el automóvil cerca ya que ni Josemi ni yo teníamos intención a esas horas de cargar con bolsas y trípodes pero pasamos por la carretera y cruzamos la línea más interesante para la posible fotografía y de momento se quedó dicha fotografía en la memoria para otra ocasión así que continuamos hasta poder dar la vuelta en algún cruce o camino.

La suerte, y ahora entra Murphy y su suerte, quiso que hubiera una entrada de camino agrícola (que luego resultó ser una especie de vía de servicio que llega al pueblo) y la tomamos con intención de dar la vuelta pero al girar el automóvil esos 180 grados de repente lo vimos... el castillo tenía una silueta muy bonita en color ya que el sol no se había puesto muy lejos de él y además sobre la silueta del horizonte asomaba un árbol (olmo posiblemente) que al encontrarse ya desnudo de hojas por lo avanzado del otoño mostraba todo su esqueleto contra la escasísima luz que quedaba residual del sol.

Ni un minuto que perder, una vez estacionado el auto en un lugar que no molestara... porque ya tenemos mucha experiencia de que encontrarnos en un lugar remoto y alejado del casco urbano y llegar alguien con automóvil y obligarte a quitarlo del camino...

En fin, que en menos de tres minutos de reloj yo ya estaba haciendo mi primera foto con el 70/200 montado en la Canon 80D y todo ello encima del trípode, enfocado a mano con la máxima precisión que puede dar la pantalla trasera de la cámara y un visor óptico puesto allí.

La luz se iba apagando como una vela cuando ya no le queda más cera que la derretida en la base pero aun así hice varias fotos con varias distancias focales porque hasta que no las ves en la pantalla de casa no terminas de saber cuál es la que más te convencerá. Incluso me permití el lujo de tomar alguna a la luna que mostraba un aspecto de dos días de luna creciente pero lejos del encuadre, el día ideal hubiera sido el día anterior pues la luna entraría dentro del encuadre mostrando un grosor la mitad que en ese momento.

Ni que decir tiene que estando en tal faena, (faena que duraría veinte minutos) pasaron por ese lugar tres tractores y un automóvil que venían de sus faenas del campo, suerte que los trípodes estaban justo donde acaba el asfalto, el mío en concreto tenía una pata sobre él y las otras dos en la tierra atravesando gran cantidad de zarzas con sus raíces en el terraplén, era el mejor punto pues había un árbol que sus ramas sobresalían por encima de la silueta del castillo destrozando la gracia de la silueta del "cerro más perfecto del mundo" como lo llamó Ortega y Gasset en su día.

Llegó la noche, rápida, como lo viene haciendo cada otoño por estas fechas, el frescor del ambiente y la humedad se dejaban caer ya con cierto peso por lo que recogimos todo el equipo y

justo cuando nos disponíamos a marcharnos se iluminó la fachada del castillo, ni que decir tiene que estuvimos tentados en sacarlo de nuevo porque había dos tipos de luz en ese instante, una rosada y otra anaranjada, luego cuando las lámparas se calientan la luz se vuelve uniforme pero desistimos por el clima y porque aun actuando con mucha ligereza cuando tomásemos la primera fotografía los colores ya se habrían igualado así que sin mirar ya más al castillo marchamos hasta la estación de Ferrocarril. Ya allí en unos minutos vimos que no nos molestaríamos en sacar el equipo del coche así que sacamos las viandas y las metimos en nuestros “adentros” con bastante apetito, luego yo rematé la faena con un té verde bien calentito y conservado en el termo.

RESUMEN: Como dije al principio, la ley de Murphy (siempre tan caprichosa) a veces te las da y otras tantas (muchas más diría yo) te las quita, si no hubiera sido por la acumulación de circunstancias NUNCA hubiera conseguido esta fotografía que aunque es una simulación pues la luna en ese momento se encontraba en otro lugar como dije antes ha quedado un resultado muy pintón.

